

**LA TOSTADORA DE HITLER  
Y OTROS RELATOS FANTÁSTICOS**

**MARCOS FERNÁNDEZ**

*LA TOSTADORA DE HITLER  
Y OTROS RELATOS FANTÁSTICOS*



1ª edición, 2015

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

**Editorial DALYA**

Jilguero 14

11100 San Fernando

*www.edalya.com*

© del texto, M.A. Marcos Fernández

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-944095-4-7

DL CA 444-2015

Impreso y encuadernado en MASQUELIBROS

Printed in Spain / Impreso en España

## INDICE

<i>LA TOSTADORA DE HITLER</i> .....	9
<i>EL ZÁNGANO</i> .....	101
<i>MUERTOS Y OLVIDADOS</i> .....	153
<i>LA RECONCILIACIÓN</i> .....	207
<i>LA MUERTE Y LA FAMA</i> .....	225
<i>MARTILLOS Y VODKA</i> .....	327

El ambiente dentro del búnker, aquel 30 de abril de 1945, era sombrío pese a que algunos de sus habitantes habían celebrado una fiesta de despedida solo unas pocas horas antes. Se trataba de su última ocasión para pasarlo bien y lo sabían. Helga resopló. El motor diésel que hacía funcionar el sistema de ventilación se detenía frecuentemente, y entonces se podía percibir, con toda intensidad, un olor insoportable que era una mezcla de sudor y heces. Era, de hecho, el olor del miedo.

La estancia en la que Helga se encontraba, la cantina, estaba iluminada únicamente por una bombilla desnuda que colgaba del techo de hormigón. Aquella luz mortecina daba a todos los que aún permanecían en el búnker el aspecto de cadáveres desenterrados que aún respiraban y se movían, cada vez con menos ganas. Junto a ella se hallaba en aquel momento Gertrud, otra de las secretarías que habían decidido quedarse acompañando al *Führer* hasta el final. Gertrud se sacó del escote, donde lo tenía escondido siempre, un paquete de cigarrillos. Lo ofreció a Helga, que rehusó, encendió uno de ellos y volvió a guardarse la cajetilla en el mismo sitio. Gertrud inspiró profundamente y luego expulsó la bocanada con placer. El humo de su cigarrillo fue ascendiendo lentamente hacia el techo de hormigón, formando caprichosas volutas.

—Si *él* te ve fumando, te quitará el cigarrillo de la boca de un guantazo —le advirtió Helga.

—Eso, si no ordena que me fusilen —le respondió Gertrud, echando otra calada.

—No me gusta que hables así. Si no querías quedarte, podías haberte ido. Nadie te retiene aquí. —Helga colocó sobre una bandeja, cuidadosamente, los bizcochitos de chocolate que tanto le gustaban a *él*.

—¿Y a dónde iba a ir? —Gertrud se encogió de hombros. Sostenía con aire coqueto el cigarrillo en el aire; una pose con la que había conquistado a muchos hombres en el pasado y que, ahora, era ya inútil—. De todas maneras, ya estamos muertos. Los rusos están por todas partes.

Helga la miró con sus grandes ojos azules, mientras su boca se curvaba en una mueca reprobatoria. Ella no había perdido su fe en el *Führer*.

—Nadie ha comprendido que se trata de una estrategia genial —repuso, colocando los brazos en jarras. El pecho de Helga era generoso y el uniforme le quedaba algo estrecho; las mangas ascendieron un par de centímetros sobre sus brazos—. El *Führer* ha atraído a los enemigos de la patria hasta el mismo corazón de Berlín y les ha hecho creer que han ganado la guerra. Y cuando más confiados estén, nuestro *Salvador* pondrá en funcionamiento el arma definitiva que están desarrollando nuestros científicos, cambiando por completo el curso de la guerra: un gas que corroe el metal en segundos. Los tanques enemigos detendrán su avance, los aviones caerán al suelo y las pistolas se derretirán sin llegar a disparar... ¡Y hazme el favor de expulsar el humo en dirección contraria, Gertrud! Si me lo echas encima, *él* lo olerá y se enfadará conmigo.

—Todo eso no es más que un cuento —le aseguró Gertrud, girando de todas maneras la cabeza y alejando el cigarrillo humeante de los bizcochitos de chocolate—. Todos estamos muertos; lo que pasa es que aún podemos hablar, movernos y fumar. Aunque no por mucho tiempo: este es mi último paquete de cigarrillos.

Helga contempló su mano derecha, extendiéndola delante de ella. La extremidad temblaba.

—Cada vez que entro en su cuarto se me forma un nudo en el estómago —le confesó a su compañera—. No puedo ni hablar.

—El *Führer* sigue causando ese efecto en la gente —convino Gertrud—. A pesar de que, últimamente, no tiene demasiado buen aspecto.

Helga colocó un sobre debajo de la bandeja, que debía entregarle al *Führer* junto con sus bizcochos de chocolate. Eran fotografías de Berlín, tomadas solo unas pocas horas antes. La muchacha lo sabía porque había tenido la oportunidad de ver al *Führer*, en otras ocasiones, estudiando el contenido de otros sobres como aquel. Constituía un privilegio contemplar al *Salvador* en aquellas ocasiones. Se trataba de fotografías en las que aparecían edificios oficiales en ruinas, bloques de casas de los cuales solo se tenía en pie la fachada, puentes destrozados y coches apilados unos sobre otros formando montañas de metal retorcido. El caudillo parecía permanecer en éxtasis mientras examinaba aquellas instantáneas, como si fuera un artista contemplando complacido los cuadros que había pintado...

En ese momento, entró en la cantina un hombre al que no conocían, procedente del exterior. Su aspecto era tan extravagante que Helga, al verlo, estuvo a punto de tirar la bandeja al suelo, de la impresión. Era una especie de enano con una cabeza enorme y gafas de culo de vaso; llevaba un paquetito cuadrado bajo el brazo, envuelto en páginas amarillentas y rotas del *Völkischer Beobachter*. Lo depositó con mucho cuidado sobre la barra de la cantina, en el extremo opuesto al que se encontraban las dos secretarías, y se entretuvo en atarle al paquete un cordelito de cáñamo, que llevaba en un bolsillo de su abrigo; estaba claro que los guardias de las SS que hacían guardia junto a la puerta del búnker ya habrían inspeccionado el objeto para comprobar que no se tratase de una bomba. El hombrecillo se desprendió del abrigo y lo dejó junto al paquete. Dio un par de palmadas y unos zapatazos en el suelo, como para entrar en calor.

—Parece un topo —dijo Helga al oído de su compañera—. Me recuerda a un topito que había en el jardín de mis padres, allá en Berchtesgaden.

Gertrud volvió a encoger los hombros, mientras expulsaba una bocanada de aire hacia el techo.

—¿Y quién de nosotros no parece un topo, en estos tiempos que nos ha tocado vivir? —Se quejó, con un tono de voz que se encontraba a medias entre la amargura y la resignación—. Toda Alemania, o lo que queda de ella, se encuentra bajo tierra: en búnkeres, en sótanos y en trincheras. Nos hemos convertido en un pueblo de topos; eso es lo que somos.

El desconocido contempló el cuchicheo de aquellas dos mujeres con aire inquieto. Eran dos damas atractivas, de mediana edad; aún mantenían su belleza, a pesar de la guerra. Con las manos en los bolsillos de su chaqueta gris, el hombre las siguió mirando disimuladamente unos segundos más, notando en su interior una mezcla de deseo y tristeza; podía haberse enamorado de cualquiera de ellas, pensó, en otras circunstancias. Pero su escasa estatura y el volumen de su cabeza, que no guardaba proporción alguna con sus estrechos hombros, había hecho que ninguna mujer se hubiese interesado nunca por él; la investigación científica se había convertido, entonces, en el único asunto que ocupaba su existencia... Por fin, una de las mujeres tomó la bandeja que había estado preparando, junto con un sobre amarillo, que contendría algún documento de importancia, y se dispuso a abandonar la cantina. El desconocido se aproximó a ella y le cortó el paso.

—Supongo que va usted a llevarle esos bizcochos a nuestro *Führer* —dijo. «Desde luego, este tipo no es ario», pensó Helga, mientras asentía silenciosamente, contemplando el corto bracito con que el topo señalaba hacia la bandeja—. Entonces, le pediré que tenga usted la bondad de anunciarme. Soy el profesor Hans Unmöglichmachen; hace meses que el *Führer* me espera. Pero no ha sido nada fácil colarse entre las líneas enemigas, se lo aseguro; esos malditos bolcheviques están por todas partes.

Helga no pudo evitar un estremecimiento al escuchar aquello. Pidió a aquel enano que le repitiera su nombre y luego le dijo que esperara en la cantina hasta que el *Führer* quisiera recibirle. Luego, con la bandeja y el sobre, recorrió varios corredores que ya



conocía de memoria, hasta llegar a la habitación que ocupaba el caudillo cuando no estaba durmiendo o en la sala de los mapas. Pidió permiso para entrar; nadie le contestó. Pasaron los segundos y Helga dudaba, angustiosamente, entre repetir la llamada o volverse a la cantina; quizá el *Führer* había vuelto a quedarse dormido, y su furia podía llegar a ser algo terrible de soportar si la muchacha le despertaba. Por fin, una voz desganada le contestó, concediéndole permiso para pasar.

El espectáculo no podía resultar más deprimente. Helga contempló disimuladamente a su querido *Führer*: era la sombra de lo que había sido. Aquel hombre cegajoso, que antaño había llegado a convertirse en un dios para el pueblo alemán, ahora permanecía con la mirada perdida en el gris deslucido de la pared de hormigón que tenía enfrente. El flequillo le caía en mechadas sobre la frente y últimamente había descuidado el corte de su famoso bigote, que llegaba a invadir el labio superior. Tenía los brazos cruzados y apretados sobre el pecho, como si hubiese sido presa de alguna intensa ensoñación hasta que ella le había interrumpido. El pie izquierdo daba saltitos sobre el suelo, temblando incontrolablemente.

—¡Ah, es usted, Helga! Pase, pase. —Los labios del *Führer* se curvaron débilmente, en una mueca que no llegaba a convertirse en una sonrisa.

Helga depositó la bandeja y el sobre con las fotos encima de la mesa que había junto al sofá en el que se encontraba sentado su amado *Führer*. Con un sobresalto, la muchacha reconoció el objeto que reposaba sobre ella: una pistola *Walther PPK* de 7,65 milímetros, cuyo cañón apuntaba, descuidadamente, al debilitado caudillo. Detrás de él, un sombrío retrato oval de Federico *el Grande* permanecía vigilándole constantemente.

—Quiero darle a usted las gracias por haberse quedado aquí y no haber huido como los demás, Helga —dijo aquella silueta oscura desde el fondo de la habitación, con un hilo de voz. La luz mortecina procedente de la bombilla que colgaba del techo le con-

vertía en un espectro que apenas recordaba al hombre que había enardecido al pueblo alemán con sus discursos, solo unos pocos años atrás—. Es usted una joven valiente y leal, un ejemplo para nuestra querida patria...

—Por favor, *mein Führer* —balbuceó ella, llevándose una mano al pecho. Instantáneamente, las mejillas de Helga enrojecieron—. Es para mí un honor permanecer a su lado, excelencia...

El espectro hizo un gesto vago con su temblorosa mano izquierda, como si no mereciera la pena hablar más de ello. Tomó uno de los bizcochitos de chocolate y después de darle un bocado, añadió:

—Hoy es un día muy triste para mí; he tenido que ordenar que sacrifiquen a mi perrita *Blondi* —explicó, y una lágrima rodó por una de las mejillas, que temblaba blandamente, mientras su dueño masticaba el bizcochito. Notando la humedad de la lágrima, el *Führer* se restregó la piel furiosamente para hacer desaparecer todo rastro de ella, como si le molestase que alguien fuese testigo de que era capaz de emocionarse y de que, después de todo, no era un hombre forjado en hierro—. Todo está perdido, Helga. He sido demasiado bueno y este es el resultado. Hace tiempo que debería haber ordenado fusilar a mis generales; ahora todo es inútil... Y la perspectiva de que *Blondi* cayese en manos de esos cerdos bolcheviques me resultaba simplemente inimaginable —concluyó con furia, agitando un puño y tragando con dificultad el bizcochito.

—*Mein Führer*, afuera hay un hombre que afirma que usted lleva mucho tiempo esperándole...

El caudillo clavó sus ojos de color azul metálico en la muchacha. Algo parecido a la curiosidad se reflejó en ellos.

—¿Quién es?

—Se ha presentado como profesor Hans Unmöglichmachen —repuso Helga.

Al escuchar aquel nombre, se produjo un cambio súbito en el *Führer*, casi sobrenatural. Hasta aquel momento, Helga había estado hablando con un hombre que, aunque acababa de cumplir cincuenta y seis años, parecía un viejo a punto de morir. Ahora, sin embargo, el caudillo se levantó de un salto y, por un momento, pareció rejuvenecer dos décadas de golpe. «¡Parece... galvanizado!», acertó a decirse la joven. ¡Aquel sí era el Salvador del pueblo alemán!

—¡Unmöglichmachen! —gritó, cerrando y abriendo los puños. Compuso el flequillo que le caía hacia un lado, con un gesto rápido—. ¡Si está aquí, eso significa que lo ha logrado! ¡Aún queda esperanza para nuestro pueblo! El milagro que esperábamos se ha producido... ¡Pero no te quedes ahí, muchacha! ¡Guía a ese hombre hasta mí!

Helga levantó el brazo derecho a modo de saludo y antes de salir de la habitación, trastrabándose, exclamó:

—¡A la... orden, su excelencia! *Heil Hitler!*

Cuando, cinco minutos después, Helga regresó acompañando al profesor Unmöglichmachen a la sala de descanso del *Führer*, encontraron a este nervioso e impaciente, recorriendo la estancia en diagonal hacia adelante y hacia atrás, una y otra vez. Como todo lo que había en aquel búnker, se trataba de un compartimento de dimensiones reducidas, por lo que el caudillo solo podía dar tres pasos antes de dar un giro y caminar en dirección contraria. Al verlos, el *Führer* abrazó emocionado a aquel hombrecillo, cuya cabeza se veía absurdamente grande entre los hombros enjutos.

—Después de los soldados que se baten en la primera línea del frente, claro está, siento un gran respeto por los inventores —declaró, ampuloso—. Me alegro de volver a verle, profesor.

—Aquí está, *mein Führer* —dijo el extraño individuo con aspecto de topo, levantando hacia el caudillo el paquete con el que había entrado en el búnker. Sus ojos, dos puntos negros vistos a

través de unas lentes que parecían las de un telescopio, relucieron ansiosamente.

—¿Esto? —preguntó a su vez el *Führer*, con tono de decepción. Por un momento, pareció abatido de nuevo.

—*Jawohl, mein Führer* —repuso el topo, que parecía muy seguro de sí mismo—. *Esto*, precisamente.

—¡Helga! —llamó el caudillo a la muchacha, que ya se retiraba para dejarlos solos. Señalando la mesa, ordenó—: Llévase la bandeja y el sobre con las fotos.

La joven obedeció la orden del caudillo y luego hizo mutis, sin poder evitar preguntarse qué habría dentro de aquel paquete envuelto en papeles de periódico, para excitar de aquella manera al *Führer*. ¿Sería una de aquellas fantásticas armas de guerra de las que continuamente se hablaban en los boletines de noticias? ¿Bastaría aquel paquetito para salvar a Alemania de la catástrofe? Estas eran las preguntas que se hacía la muchacha mientras recorría los pasillos del búnker, de regreso a la cantina.

Mientras tanto, en el interior del cuarto, el profesor Hans Unmöglichmachen depositaba con cuidado el paquete sobre la superficie de la mesa, junto a la pistola *Walther PPK*. Luego, comenzó a desatar el cordel de cáñamo. Por un momento, pareció que los ojos del *Führer* fuesen a salirse de sus órbitas; no se perdía ni uno solo de los movimientos del profesor. Con una parsimonia que al caudillo le resultaba enojosa, Unmöglichmachen retiró la capa de papel de periódico y apareció por fin, a la vista, el objeto que envolvía: una tostadora de pan.

Incrédulo, el *Führer* comenzó a vociferar y a tirarse de los pelos.

—*Um Gottes willen!* ¿Qué clase de broma es esta? ¡Una tostadora! ¿Ha venido usted hasta aquí para traerme unA TOSTADO-RAAAA...? —El volumen de la voz del *Führer* fue aumentando en decibelios hasta convertirse en un chillido furioso.

A pesar de que el profesor aguardaba una reacción parecida, no pudo evitar un respingo. Se apresuró a explicarse antes de que el *Führer* ordenara que lo fusilasen en la misma puerta del búnker.

—Su Excelencia, este objeto parece una simple tostadora de pan pero no lo es —comenzó, pasándose un pañuelo por la frente para enjugar las gotas de sudor—. Me ha sido muy difícil venir hasta aquí desde el castillo de Książ; el ejército soviético está por todas partes. Había, por tanto, que *disimular* el invento, así que le dimos la apariencia de una tostadora. Incluso funciona como tal: esta máquina, además de cumplir perfectamente con su verdadera función, hace unas tostadas de pan estupendas. Veá, hay que meter las rebanadas por esa ranura y...

Definitivamente, el *Führer* no estaba de humor. Mientras se golpeaba la palma de una mano con el puño de la otra, gritó aún:

—¡Deje ya en paz el condenado pan y vaya al grano de trigo... ! —La orden del caudillo, pese a sus nervios crispados, revelaba cierta dosis de ingenio. A modo de aplausos, una salva de cañonazos de la artillería soviética celebró, en aquel momento, su ocurrencia. Las paredes del búnker retumbaron, mientras una fina lluvia de yeso caía sobre ellos, al desprenderse del techo.

—Este es el resultado de nuestros experimentos en cronometría, *mein Führer* —explicó el profesor, dándose unas palmadas a sí mismo en la ropa para librarse del yeso que le había caído encima—. Se trata de la máquina de *Zeitbewegung* que usted estaba esperando. Hubo que disimularla y darle el aspecto de una tostadora de p... En fin, que hubo que camuflar la máquina por si me atrapaba el ejército soviético antes de poder presentarme ante su excelencia.

El *Führer* pareció recuperar la calma. Sin embargo, la mano izquierda le temblaba incontrolablemente, así que la sujetó con la diestra como solía hacer en tales casos.

—Precaución inútil —objetó, chasqueando la lengua con desprecio—. Si los rusos le hubiesen cogido, se hubieran quedado

con ese artilugio de todos modos. Dudo mucho que ese hatajo de campesinos zoquetes que Stalin ha lanzado contra mí haya visto, en toda su vida, una tostadora de pan.

—Disculpe usted, *mein Führer* —protestó el profesor con atrevimiento—. Pero la precaución era absolutamente necesaria. Se trataba de impedir que los rojos se diesen cuenta de que este objeto era una máquina de *Zeitbewegung*. Si me llegan a coger, probablemente me hubieran robado la tostadora y a mí me habrían pegado un tiro; pero no se les hubiera ocurrido llevarme a Moscú para que confesase, bajo tortura, todo lo que sabía acerca de nuestros experimentos con la naturaleza del tiempo. Esa era la idea...

El *Führer* volvió a echar un vistazo apreciativo al científico; parecía que aquel hombre usaba la cabeza... y tenía cabeza para usar, a juzgar por su volumen. Luego, contempló largamente el objeto: las ranuras para introducir las rebanadas de pan y la rejilla calefactora para tostarlo. Presentaba un bonito color gris metálico y el agradable tacto de los productos alemanes fabricados con esmero.

—Creía que una máquina de *Zeitbewegung* debía tener el tamaño de una campana enorme y que dentro cabrían varias personas... Al menos, me parece haber leído eso en algún informe —dijo el caudillo, más calmado.

—En realidad, la tostadora crea a su alrededor un campo de fuerzas electromagnéticas y gravitatorias que tiene forma de campana. Quizá su excelencia entendió mal el inf... ¡Ejem! —carraspeó rápidamente el científico, dándose cuenta de pronto del terreno en el que se estaba metiendo—. Quiero decir que quizá alguno de nuestros técnicos redactó mal el informe que usted ha leído, su excelencia.

—Eso debió ser, sí.

—En fin, si ha ojeado nuestros informes, ya está usted familiarizado con los experimentos que hemos llevado a cabo en el castillo de Książ, relativos a la naturaleza de la cuarta dimensión —continuó el profesor *Unmöglichmachen* su discurso—. La

máquina tiene capacidad para trasladar al pasado cualquier objeto que se encuentre en el interior del campo electromagnético y gravitatorio que es capaz de crear. A diferencia de lo que solemos pensar a menudo, en nuestra experiencia cotidiana, el tiempo no es lineal. En realidad, se mueve en espirales a partir del presente, que van decreciendo conforme nos vamos alejando hacia atrás. Piense en el torbellino de un huracán, *mein Führer*, y tendrá una idea aproximada de la forma que adopta la cuarta dimensión; puede usted trasladarse en el tiempo, teóricamente, desde la última espiral de este remolino imaginario, que es el momento actual, hasta su extremo opuesto, el vórtice temporal, que se encuentra situado a tres siglos de distancia, aproximadamente. Más allá no hay nada. Decía Aristóteles que el tiempo solo está formado por el presente, cosa que puede admitirse como cierta en un sentido amplio; el pasado es algo que ya no existe y el futuro aún no ha existido, por lo que solo tiene importancia el ahora...

El *Führer* estaba escuchando las explicaciones del científico del *Reich* con creciente impaciencia; su pierna izquierda volvía a moverse convulsivamente, sin que su dueño pudiera impedirlo.

—En resumen, profesor Unmöglichmachen —cortó el caudillo—. ¿Para qué sirve exactamente su condenada máquina?

—Permite que los usuarios se desplacen en el tiempo —respondió el otro—. Pero solo hacia atrás; por eso, más que de *Zeitbewegung*, habría que hablar de *rückläufige Zeitbewegung*. Como ya le he dicho, esta máquina envuelve a los viajeros en una campana invisible que se desplaza por las espirales de ese imaginario tornado...

—¡Deje usted en paz el dichoso tornado! —exclamó el *Führer*, alzando de nuevo la voz—. Ya he entendido la analogía y, si estoy en lo cierto, ha inventado usted un artefacto perfectamente inútil. ¿Es que no ve que si su máquina solo es capaz de viajar hacia el pasado, los hipotéticos viajeros que la utilizaran no podrían

regresar al presente? ¿Qué ganaría yo viviendo mis últimos días perdido en la prehistoria...?

—No, *mein Führer*, no me ha entendido usted b... ¡Ejem!  
—Nuevo carraspeo—. Quiero decir que no me he explicado bien. Los usuarios de la tostadora solo pueden viajar unos tres siglos hacia atrás como máximo, *a contar desde el instante en que la máquina entre en funcionamiento por primera vez*; y cuando lo deseen, pueden regresar hasta el punto de partida. Es decir, que entre el presente y el pasado reciente se puede viajar, hacia delante y hacia atrás, tantas veces como se quiera. Lo que no pueden hacer los viajeros es ir hacia delante desde el momento en que la tostadora comience a funcionar, porque el futuro, como sostenía el filósofo griego, aún no existe. Comprendo que es difícil de aceptar, su excelencia; la matemática aria que ha hecho posible este artefacto es compleja...

—No, creo que ya lo he entendido —dijo el caudillo, masajeándose el mentón. Su cerebro marchaba a plena carga—. Podemos retroceder tres siglos hacia atrás y regresar a este mismo instante. ¡Es perfecto! —concluyó, dando una palmada de entusiasmo que sobresaltó al científico—. Hábleme más de su máquina, profesor Unmöglichmachen.

—Bueno, en la base de la tostadora, donde irían a parar las migas de pan (perdón por mencionarlo otra vez), hay unos acumuladores que suministran la energía que precisa la máquina para funcionar —explicó el profesor, señalando con un dedo raquítrico al artefacto—. No se le escapará a usted el detalle, *mein Führer*, de que en cuanto nos alejáramos unos pocos años hacia atrás nos sería difícil encontrar un suministro fiable de electricidad, por lo que el viajero en el tiempo deberá desplazarse con una fuente de energía autónoma. Ahora, vea estos selectores rotatorios, su excelencia, ocultos bajo una ingeniosa cubierta. —El profesor desplazó una chapita de metal con el extremo de un dedo y debajo aparecieron una serie de numeritos sobre unos pequeños tambores metálicos—. Girando dichos selectores no solo puede escogerse el año al que nos



queramos trasladar, tal día como hoy, sino también las coordenadas, en latitud y longitud, del punto geográfico en el que queramos aparecer. ¿Qué le parece, *mein Führer*? —concluyó el científico, aguardando con inquietud la respuesta del caudillo.

—Muy prometedor, muy prometedor. —El lado izquierdo del cuerpo del líder de Alemania temblaba por causa de la enfermedad de Parkinson, no solo por la impaciencia—. Pero, ¿acaso puede alterarse lo que ya ha sucedido? Si no es así, su máquina, aunque constituya un triunfo de la ciencia alemana, resultaría perfectamente inútil en las actuales circunstancias. ¿Podremos cambiar con ella el curso de la historia?

El profesor Unmöglichmachen tragó saliva.

—No lo sabemos aún, *mein Führer* —admitió—. Los desarrollos matemáticos de nuestros científicos arios no han llegado a determinar si ello es posible o no.

—Por nuestro bien, esperemos que sí lo sea. Porque si no, visitar una época pasada sería como asistir a una función de teatro; algo completamente inútil para nuestros propósitos.

El caudillo se propinó un golpe con la mano en la pierna izquierda, como queriendo detener así su movimiento involuntario. Su mente trazaba un plan a toda prisa. Tomó asiento sobre el desvencijado sofá, que había conocido tiempos mejores en algún despacho del edificio de la antigua Cancillería, y concentró sus fríos ojos azules en la tostadora que descansaba sobre la mesita, mientras el científico le observaba en silencio, con las manos a la espalda, preguntándose qué ideas discurrirían en aquel momento por la mente de su caudillo. Luego, el *Führer* sacó de un bolsillo interior de la chaqueta militar que llevaba una agendita y una pluma estilográfica; se inclinó sobre la mesa y, empujando con el dorso de su mano derecha la pistola *Walther*, para hacerse sitio, comenzó a garabatear unos renglones con trazos nerviosos y rápidos.

—¿Cuáles son sus medidas? —preguntó de repente el *Führer*.

—¿Mis medidas, *mein Führer*? —dijo el profesor Unmöglichmachen, visiblemente inquieto—. Le aseguro que no comprendo...

—Ni falta que hace, profesor —cortó el caudillo—. Cintura, espalda, largo de brazos, todo eso.

El científico recitó los datos que se le pedían, sin dejar de preguntarse para qué diablos los quería el otro. Entonces, habiéndolos anotado, el *Führer* arrancó la página de la agenda dando un seco tirón de ella y, con una brusquedad impropia de un hombre tan avejentado como él, de un salto abrió la puerta y salió al corredor, donde llamó a alguien a gritos.

—¡Fritsch! ¡Fritsch!

Una voz aterrada le respondió desde lejos.

—*Jawohl, mein Führer!*

Inmediatamente, un muchacho de unos quince años se plantó a un metro de distancia de la figura del caudillo. Levantó el brazo como un robot y recitó la consabida fórmula de saludo al líder. El profesor imaginó que el joven debía ser algún ayudante o edecán.

—¿Dónde se ha metido Günsche?

—Ha salido a buscar unos bidones de gasolina, *mein Führer* —respondió el muchacho.

—¡Ah, sí! Es verdad —admitió el caudillo, pensativo; y luego, tendiéndole al joven un trozo de papel medio arrugado, añadió—: Bien, busque usted inmediatamente los artículos que se detallan en esta hoja; si dentro de tres horas no los tengo aquí, a la puerta de esta habitación, ordenaré que le fusilen, ¿me ha entendido? —El otro, lívido, entonó un débil *ja* como respuesta—. En particular, es absolutamente necesario que me traiga alguna edición del libro que le he señalado aquí. Comience buscando entre los restos de la biblioteca de la Cancillería que aún se conservan.

—*Jawohl, mein Führer! Heil Hitler!* —dijo el muchacho, saludando de nuevo con el brazo alzado; luego salió a toda prisa consultando la esfera de su reloj de pulsera. El caudillo se quedó escuchando cómo resonaban los pasos apresurados del joven mientras corría por los pasillos del búnker, buscando la salida, y cuando aquel sonido se desvaneció del todo, regresó complacido al interior de su habitación de reposo.

Mientras tanto, Helga le trajo una silla al profesor. El *Führer*, sentado en su sillón, permanecía con la vista fija en la tostadora plateada, abismado ante las posibilidades que se abrían ahora ante él. De vez en cuando, se levantaba y recorría en diagonal la pequeña habitación; de repente, se detenía y le espetaba una pregunta al científico. Al término del plazo que le había dado al edecán, comenzó a echar vistazos impacientes a su muñeca; se dejaba sentir el sordo rumor de algunos obuses explotando alrededor del búnker.

—¡Diablo de muchacho! —exclamó el *Führer*, cuando por su reloj faltaban un par de minutos para que se cumplieran las tres horas de plazo—. ¡Espero que no se haya pasado a los rusos! ¿Sabe, Unmöglichmachen? Por la vibración que provocan los cañonazos de la artillería enemiga, yo diría que los bolcheviques se encuentran peleando ya con los nuestros en la *Wilhemstrasse*. Usted no se imagina cómo es esto. Llevo encerrado aquí varios meses, sintiendo las vibraciones provocadas por las explosiones. A pesar de que los muros de hormigón de este búnker tienen dos metros y medio de espesor, he podido notar esas vibraciones aproximándose, cada vez más cerca...

El caudillo detuvo en ese momento su discurso; ambos hombres pudieron escuchar el ruido de unos pisotones dados a la carrera. Unos instantes después, la desfallecida figura del edecán apareció delante de la puerta de la habitación de descanso del *Führer*. El joven, nervioso y jadeante, dejó los bultos que transportaba en el suelo y alzó su brazo derecho; casi no podía hablar.

—*Heil... Arf... Hitler!*

—Está bien, está bien —dijo el caudillo, respondiendo al saludo con desgana—. ¿Has encontrado todo lo que te encargué, muchacho?

El edecán asintió en silencio, pues aún no había podido recuperar el habla del todo. Estaba pálido como una sábana y se adivinaba que había tenido que esquivar los disparos de los rusos con tal de cumplir el encargo que se le había encomendado.

—Aquí... está... el libro —dijo, rompiendo a hablar finalmente, mientras le entregaba al caudillo un volumen antiguo, encuadernado en cuero. El *Führer* asintió complacido y el muchacho, internamente, se tranquilizó un tanto. Luego, señaló las dos cajas de cartón que aguardaban en el suelo, una más grande que la otra—. Y ahí está la ropa.

El caudillo le despidió agradeciéndole sus servicios y prometiéndole una condecoración. El muchacho se fue aliviado y contento. Luego, el *Führer* le entregó la caja más pequeña al profesor Unmöglichmachen.

—Vaya al retrete y vístase con lo que encontrará en la caja —ordenó—. No hay tiempo que perder; lo quiero de vuelta aquí dentro de cinco minutos exactos.

—*Jawohl, mein Führer! Heil Hitler!* —Y tras saludar con el brazo en alto, el científico se lanzó a la carrera en dirección de la letrina, cuya localización conocía puesto que en una ocasión había tenido el privilegio de echarle un vistazo a las obras del búnker junto a Albert Speer.

El profesor Hans Unmöglichmachen aprovechó el inesperado momento de soledad que le deparaban las circunstancias para orinar. Estando con el caudillo no sabía cuándo podría volver a hacerlo y le daba vergüenza pedirle permiso. Habiendo terminado, treinta segundos después, se lanzó sobre la caja e inspeccionó su

contenido, estupefacto. Halló un sombrero verde con un *gamsbart*, una pequeña pieza de metal de la que sobresalía un mechón de cabellos de gamuza, a modo de pincel; unos *lederhosen*, pantalones cortos de cuero de color negro, con filigranas verdes de adorno; una camisa parda y una corbata de impecable color negro; por último, una chaqueta gris. Es decir, algo a medias entre el uniforme de la *Sturmabteilung* y el traje tradicional bávaro. La chaqueta había sido cepillada a conciencia para limpiarla del polvo y el yeso desprendido por los bombardeos. En el fondo de la caja encontró un par de calcetines a juego con la corbata y un par de zapatos bien lustrados, que el profesor contempló con prevención; quizá no le estarían bien y tendría que andar sufriendo las rozaduras que siempre causa el calzado nuevo. Por último, descubrió un brazalete con la cruz gamada.

No comprendía nada en absoluto, pero no pensaba discutir las órdenes del caudillo. Se desnudó a toda prisa y colocó sus prendas en la caja; se había acostumbrado a la chaqueta y los pantalones que llevaba y no le hacía gracia la perspectiva de perderlos, ni tampoco le gustaba demasiado la idea de pasarse el resto de la guerra en pantalones cortos, aunque, después de todo, quizá no faltase ya mucho para el final, si el proyecto que, aparentemente, el *Führer* pensaba llevar a la práctica con su máquina no daba resultado. Luego, se vistió en medio de un creciente estado de inquietud: ¿habrían transcurrido ya los cinco minutos de plazo que le había dado el caudillo? Por fin, introdujo el brazalete por la manga de su brazo derecho, lo compuso como pudo y salió a la carrera con la caja bajo el brazo.

El *Führer* ya lo esperaba en el corredor de acceso a su cuarto de descanso, con la camisa parda bien remetida por debajo de los pantalones cortos, cuyo cinturón había colocado a la altura del ombligo; se entretenía en examinar el misterioso libro con las tapas de cuero que le había traído el muchacho. Llevaba, además, un sombrero de color gris con un coqueto *gamsbart* y chaqueta

a juego. El caudillo cada vez parecía más rejuvenecido; aunque seguía manteniendo aquel temblor incontrolable que le recorría el lado izquierdo de su cuerpo, parecía animado de una nueva chispa vital. Lucía orgulloso el brazalete de la cruz gamada y parecía recién salido de los días en los que daba los mítines en la *Bürgerbräukeller*. Al escuchar sus pasos apresurados, levantó la vista del libro y echó una ojeada a la esfera de su muñeca, con gesto de reconvencción. Luego, reparó en la caja que el científico llevaba bajo el brazo y adivinó que se trataba de la ropa que este llevaba puesta al llegar al búnker; al *Führer* no se le escapaba un detalle.

—Deje usted esa caja ahí. —Señaló hacia su cuarto de reposo—. Y acompañeme a la sala de los mapas.

El profesor Unmöglichmachen obedeció. Abandonó la caja con su ropa en una esquina del cuarto y siguió casi a la carrera a su caudillo por el laberinto de pasadizos del búnker, pues aquel hombre, dotado de una renovada energía, se movía como si tuviera alas en los pies y las piernas del científico eran cortas. Debía andar varios pasos por cada uno de los trancos largos que daba el *Führer*.

La sala de los mapas era un cuarto reducido con una mesa central, frente a la cual se encontraba un hombre grueso, que parecía meditar largamente sobre alguna cuestión. Por las insignias de su uniforme, el profesor Unmöglichmachen dedujo que se trataba de un general. La sala estaba llena de papelotes tirados por el suelo; la mayoría eran mapas que habían dejado de ser útiles. En una esquina había una silla desvencijada de madera sobre la cual reposaba un teléfono de ominoso color negro.

—¡Krauss! —chilló el *Führer*, y el general se apartó de la mesa, con un sobresalto, y se cuadró—. ¿Qué noticias hay del frente occidental y del frente oriental?

El hombre tragó saliva audiblemente, mirando de hito en hito el atuendo de los dos hombres que acababan de entrar.

—Los combates se han recrudecido en las últimas horas; la resistencia del *Volkssturm* es tenaz, sin embargo —explicó el gene-

ral, con un hilo de voz—. A pesar del intenso bombardeo enemigo, la infraestructura eléctrica permanece incólume y las vías férreas no han resultado dañadas, por lo que es posible viajar desde el frente occidental al frente oriental tomando el tranvía.

Una atmósfera pesada se adueñó de la sala de mapas. El *Führer* parecía a punto de morderse la lengua de rabia ante el informe que le acababa de suministrar el general Krauss. El propio nombre de aquella estancia, pensó el profesor Unmöglichmachen, ya resultaba ampuloso; más realista hubiese sido que se llamase *sala del mapa*... Y efectivamente, el general Krauss, no pudiendo resistir la mirada fija del *Führer*, que parecía capaz de fundir el acero, se volvió otra vez hacia la mesa y concentró su atención en el único mapa que había sobre ella, un pequeño rectángulo de papel sobre el que aparecía representado el centro de Berlín.

Por un momento, pareció que el *Führer* iba a golpear al general Krauss en la nuca con el pesado libro que llevaba bajo el brazo derecho; el cuero de la tapa era oscuro y el profesor Unmöglichmachen aún no había conseguido averiguar ni el título ni el autor de la obra; sin embargo, todo indicaba que el caudillo concedía una importancia extraordinaria a aquel volumen.

—¡Strasser! —barbulló el *Führer*, furioso—. ¿Dónde está Strasser? ¡STRASSEEEERRRR...!

Otro hombre se presentó a la carrera, unos segundos después, llevando un papelito en la mano. Después del saludo con el brazo en alto, no pudo dejar de echar un vistazo apresurado al atuendo del *Führer*; seguramente, aquel ayudante o secretario supuso que el caudillo emprendía la retirada hacia algún lugar de los Alpes, porque la situación en Berlín estaba irremisiblemente perdida. Irritado, el *Führer* le preguntó:

—¿Tiene usted ya esos datos que le pedí?

—*Jawohl, mein Führer* —contestó el aludido, y le tendió al caudillo el papelito.

En aquel rectángulo blanco figuraban una serie de números. Sin pérdida de tiempo, el *Führer* y el profesor regresaron al cuarto de reposo de aquel. Encima de la mesita, junto a la pistola *Walther PPK* con la que el caudillo había considerado la idea de suicidarse, la reluciente tostadora estaba esperando para ser usada.

—Ya me había despedido de todo el mundo y había adoptado la decisión de quitarme la vida; de hecho, le había dado a uno de mis edecanes las instrucciones para destruir mi cadáver y el de Eva, prendiéndoles fuego con gasolina... ¡Pero ha conseguido usted devolverme la esperanza, profesor *Unmöglichmachen!* Ahora probaremos su invento —dijo el *Führer*, tendiéndole al científico el papelito con los números—. Nos dirigimos al año 1732; ahí tiene usted las coordenadas exactas del lugar al que vamos.

El atribulado científico comenzó entonces a seleccionar los números que figuraban en el papel sobre los conmutadores rotatorios de la tostadora, convenciéndose de que el *Führer* guardaba un plan genial en su mente. Mientras giraba los conmutadores, se atrevió a decir:

—Con todos los respetos, *mein Führer*, ¿puedo preguntarle a dónde nos dirigimos?

—Si su máquina funciona realmente, usted mismo lo verá dentro de un momento —respondió el caudillo, críptico. Y consciente de que aquel era un momento histórico, añadió—: Nos dirigimos al único lugar donde puede ya encontrarse la salvación de Alemania. ¡El castillo de Frankenstein, situado a cinco kilómetros al sur de Darmstadt!

El profesor accionó una palanca, que en una tostadora convencional hubiera permitido la expulsión de las tostadas de pan, y un campo de fuerza electromagnético y gravitatorio los envolvió. Sintieron una especie de vértigo y eso fue todo.